



PERIÓDICO ILUSTRADO QUINCENAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

A El PANORAMA solo. Trimestre, 12 rs.: semestre, 22 rs.: Año, 40 rs.—Fuera de Valencia, franco de porte.—Trimestre, 14 rs.: Semestre, 26 rs.: Año 50 rs.
A El PANORAMA y Las Provincias. Mes, 10 rs.: Trimestre, 28 rs.: Semestre, 54 rs.: Año 102 rs.—Fuera de Valencia, franco de porte.—Mes, 13 rs.: Trimestre, 37 rs.: Semestre, 72 rs.: Año, 139 rs.

Números sueltos. Para los suscritores á Las Provincias, 1 rl. en Valencia y 1 y cuartillo fuera.—Para los que no lo sean, 2 rs. en Valencia y 2 y medio fuera.

AÑO I.

Valencia 30 Enero 1867.

NÚM. 2.

El Conde de Bismark.

El nombre de Bismark es uno de aquellos que quedarán grabados para siempre en los anales de la historia, y pasará hasta la mas remota posteridad. El conde de Cavour y el conde de Bismark son los creadores de las dos obras mas importantes que registra la historia de Europa en nuestros tiempos, la unidad italiana y la unidad alemana. Las severas figuras de estos dos grandes políticos no se borrarán nunca de la memoria de los pueblos á quienes han dado la cohesion y la fuerza que antes les faltaba.

El escelente retrato del conde de Othon de Bismark de Schönhausen que damos hoy, está tomado de una exacta fotografia hecha recientemente, y espresa la fuerza de voluntad y la firmeza de carácter que son las condiciones sobresalientes en el ministro del rey Guillermo. Llena como está la Europa de los hechos de este sagaz politico, y no terminada todavía la gigantesca obra que con tanta audacia como fortuna ha emprendido, no ha llegado la hora de juzgarlo, ni aun la de trazar su historia, y por lo tanto nos limitaremos á recordar los puntos culminantes de su biografía.

El conde de Bismark, que hasta la anexion del Lauemburgo á la Prusia no llevaba mas que el título de baron, nació el día 1.º de Abril de 1814 en Schönhausen, cerca de Elba, y no tiene, por lo tanto, mas que cincuenta y dos años de edad.

Estudió en Goettingue, Berlin y Greifswald, y luego abrazó la carrera militar, entrando como voluntario en la infantería ligera. No tardó en ser nombrado teniente en la *landwehr* (milicia provincial), y desde entonces no ha abandonado, á pesar de

sus cargos políticos, la carrera militar. En la última guerra tenia el mando de un regimiento de la *landwehr*.

Se dió á conocer en el mundo político, como individuo de la Dieta provincial de la Sajonia prusiana (1846), y de la Dieta general (1847). Su ingenio originalísimo, su palabra fácil y enérgica, la fecundidad de sus ideas, y su carácter decidido y firme anunciaban en él, á los ojos de cuantos en aquella época le conocieron, al gran politico predestinado á un destino brillante.

En 1851, figurando en la Cámara de Diputados, llamó la atención del rey Federico-Guillermo IV, que hizo que su gobierno le enviase á Francfort como plenipotenciario prusiano, ante la Dieta germánica.

El año siguiente pasó á representar al gobierno de Berlin en Viena, y tanto en un punto como en otro manifestó constante adversario del gabinete austriaco, y comenzó á preparar la realizacion de su pensamiento politico, de destruir la Confederacion, arrojar el Austria de Alemania, y unir á todos los Estados alemanes bajo la autoridad del gobierno prusiano.

En 1859 fue nombrado embajador en San Petersburgo, donde fue muy considerado por el Czar. En Mayo de 1862 recibió igual nombramiento para Paris, pero ocupó poco tiempo este puesto. En 22 de Setiembre del mismo año á consecuencia de un conflicto nacido en Berlin entre la Cámara de Diputados y el gobierno, el rey le

llamó para desempeñar las funciones de presidente del Consejo de ministros y ministro de Negocios exteriores.

En el breve período de cuatro años de ministerio, desarrolló Bismark sus vastos planes. Desafió

El Conde de Bismark.

la oposicion liberal predominante en la Cámara de Diputados, y disolviéndola una y otra vez, sin temor á la situacion inconstitucional en que se colocaba, desarrolló contra el voto de los representantes del pais los recursos militares de la Prusia. Cuando creyó llegada la hora (1864) provocó la cuestion de los ducados de Elba, conquistándolos en union con el Austria, á la cual envolvió en las redes de su astuta política, preparando sagazmente el rompimiento que estalló en Junio último, y que dió lugar á la campaña de cuarenta dias, cuyo resultado ha sido para la Prusia la destruccion del pacto federal, la espulsion de Austria de la Alemania, la anexion del Hannover, la Hesse-electoral, el Nasau, los ducados del Elba, y Francfort, y la organizacion del resto de la Alemania del Norte en una confederacion cuya supremacia tiene la Prusia.

Una dolencia peligrosa ha atacado al conde de Bismark, apenas realizada esta primera parte de su gran obra, y le ha obligado á permanecer en su quinta alejado de los negocios por algun tiempo; pero ahora le vemos dedicado con mucho ardor á las tareas de gobierno. El Parlamento acaba de recompensar los grandes servicios que ha prestado á la patria, votando en su favor un donativo de 400.000 thalers.

C.

LOS ESPAÑOLES

TALES COMO ERÁN EN EL SIGLO XVII.

II.

Hemos prometido asistir, sin que se subleve nuestro amor propio, al proceso que del carácter y costumbres de nuestros abuelos hizo con ligera, aunque incisiva pluma, madame d'Aulnoy, y debemos confesar que el principal defecto que achaca al pueblo español, es en verdad una condicion de nuestro génio nacional. La escritora francesa decia en el siglo XVII, que el español *carecia de sentido práctico*, que no sabia, ó por mejor decir, no queria acomodarse á la realidad de las cosas, porque el fondo de su carácter era el orgullo, y miraba con desden *le souci de l'utile*.

Este defecto, que á algunos parece prenda caballeresca, es lo que mas llamaba la atencion de la ingeniosa viajera. «El mas pobre campesino, dice, está persuadido de que es hidalgo: en la casa mas modesta hay una historia fabulosa, inventada siglos atrás, que se deja por herencia de generacion en generacion, y esa historia llena de hazanas maravillosas de la antigua caballeria, les hace mirar su nobleza con tal seriedad, que mas bien sufren el hambre y todas las necesidades de la vida, que adosarse al trabajo. Esta infatuacion llega al extremo de que encontrais á un labriego sentado en su silla leyendo algun antiguo romance, mientras las tierras permanecen yermas, si no vienen extranjeros á sembrarlas.»

Ese orgullo lo encontraba madame d'Aulnoy en todas las clases. El cocinero de un obispo, reprendido por su amo por haber ocultado la llave de una marmita, rehusa devolverla, y esclama: «No puedo consentir que se me rina, viniendo de cristianos viejos tan nobles como el rey, ó algo mas.» A los criados se les tenia que guardar muchas consideraciones, «porque todos pretenden ser de tan buena familia como sus amos, y hay repetidos ejemplos de haberlos asesinado por vengarse de sus reconvenciones.»

Aun es mas curioso este especial rasgo del carácter español, exagerado como estaba en aquellos tiempos, tal como nos lo presenta la autora en los vendedores. «Vais en Madrid á un carnicero, y le pedis un cuarto de ternera. Ni se digna contestaros. Os reducís á pedirle una lonja, y sin decir palabra os arroja una piltrafa de carnero. Se la devolveis, diciéndole que no es eso lo que queréis, y os dá en su lugar un hueso de buey. Gritais indignado y pedis la magra; pero sin incomodarse lo mas mínimo, os arroja el dinero, y cierra la ventanilla en vuestras narices.» De modo que contra lo que en todas partes sucede, el comprador es el que tiene que hacer la corte al vendedor.

«Los mismos mendigos se vanaglorian de su estado, y cuando piden limosna lo hacen con tono imperioso y amenazador. Si se les niega, hay que hacerlo en términos corteses, diciéndoles: «Ca-

ballero, dispénseme su merced, no llevo dinero.»

Otro rasgo característico de vanidad, degeneracion del general orgullo: un zapatero se acerca á una muger que vende salmon, y le pide una libra. «Sin duda, le contesta, vuestra merced se figura que va barato, pero vale un escudo la libra.» El zapatero indignado, replica: «Si estuviera barato, me contentaria con una libra; mas ya que está caro, póngame tres vuesa merced.» Y diciendo esto, prosigue la viajera, nos miró con altivez, comprendiendo que éramos extranjeros; arrojó los tres escudos á la vendedora, y calando su sombrero y levantando hasta el hombro la punta de su espada, marchó con el salmon, sin quedarle, tal vez, dinero para pan.» A tal punto llegaba esta vanidad, que madame d'Aulnoy cuenta que muchos tomaban las patas de un capon y las dejaban colgar por bajo de la capa, para que las gentes creyesen que llevaban, en efecto, la cevada ave para su regalo.

Trescien den á cuento esta y otras historietas que con mucha formalidad refiere nuestra escritora; pero tales cuentos prueban la tendencia de la sátira, y dan á conocer los defectos dominantes, entre los que en aquel entonces sobresalía una ostentacion pueril, en medio de una general miseria. Los artesanos vestian de terciopelo y raso, como si fueran príncipes, y en la tienda se veian colgadas la espada, la daga y la guitarra. «Trabajan lo menos que pueden, y todo lo hacen con pompa y solemnidad. Si un zapatero tiene dos aprendices, y tiene que entregar un calzado, los lleva á los dos, cargado cada cual con su zapato; y si tiene tres, los tres van tras él. Parece que le venga mal humillarse á tomaros medida, y apenas le habeis pagado, se marcha á tomar el sol con otros holgazanes de su calaña, y allí deciden los negocios de Estado y resuelven las cuestiones entre los príncipes.» La discusion se acalora, y termina muchas veces con pendencias. Recientemente fue llevado á la embajada de Dinamarca un frutero herido en un duelo que habia sostenido para probar que el Gran Turco debia estrangular á su hermano. ¡Curioso ejemplo que deben tener presente los que quieren calmar las pasiones políticas en nuestro pais! Pero volviendo al pueblo español de los tiempos de Carlos II, este se presentaba á los ojos de madame d'Aulnoy galante, músico y poeta. Los dias de fiesta, en los paseos ó en el cauce del Manzanares le veia conversar noblemente, bebiendo agua clara, y tañer la guitarra ó el arpa. «Tal pueblo, observaba con razon, necesitaria otro pueblo de esclavos que le sirviese. Falto de este auxilio, para proveerse de vestido, de comida, de todos los recursos para la existencia, hay hombre que se quedá en la cama el dia que dá á lavar su única camisa, ó ayuna estóicamente paseando al sol su traje raído.»

Repito que todos estos detalles parecen mas bien rasgos satíricos que otra cosa; pero aun admitida su exageracion, no por ello pierden lo que tienen de típico, y nos hacen ver, mejor que las páginas frias ó pomposas de las historias, las condiciones de la vida y del carácter de aquella sociedad, en la que los vicios del génio español se habian evidenciado por una série de circunstancias que habian estimulado su desarrollo. En otro artículo veremos cómo empleaba aquella generacion las vanas riquezas que restaban de la antigua prosperidad española.

J. de D.

MADRIGAL.

Golondrina gentil, que en dulce vuelo
Por el sereno rio
Que con tus negras alas blanda rizas,
Rápida te deslizas,
¡Detente y mira el sentimiento mio!
Y si al partir en busca de otro cielo,
Pensativa la encuentras en sus rejas.
Dile á Delja el afan en que me dejas:
Que como flor marchita, el alma mia
Vá muriendo en su ausencia, noche y dia
Al viento dando sus dolientes quejas.

Miguel Amat.

LOS POETAS ITALIANOS. (1)

Estudios histórico-literarios.

II.

Literatura latina.—Formacion de la lengua italiana.—Origen de su poesia.

El pueblo romano careció de literatura propia y nacional. Cuando fue perdiendo el espíritu toscó y marcial que le habia dado la leche de la loba de Quirino, halló para satisfacer la sensual molice de la paz y las riquezas, la cultura brillante y liviana de la Grecia corrompida. El arte griego fue adoptado por los latinos, y sus poetas no son mas que una secta de la literatura helénica. Pero cuando esta literatura fue trasplantada en el campo inculto del Lacio, estaba muerta: los mitos poéticos que le habian dado origen solo eran ya supersticiones vulgares, y pronto los epicúreos y escépticos substituyeron, hasta en los ánimos de la ignorante multitud, á las antiguas fábulas sus preceptos egoistas. Lucrecio, el mas original quizás de los poetas romanos, se burló del sobrenatural, que era el alma de la literatura antigua: el poema de *rerum nature* fue la sentencia de muerte del arte pagano.

El cristianismo vino á levantar otro mundo sobre aquel mundo de la materia y de la incredulidad; pero la literatura no quiso afiliarse á una secta grosera y oscura «que seducia ignorantes mugeres y envilecidos esclavos,» y de este modo quedó aislada la poesia, separándose del movimiento social. Sin verdad, sin vida, sin fe, se hizo idólatra de las formas, y las exageró; los poetas españoles, predecesores de Góngora y su escuela, desviaron el buen sentido romano, supliendo la originalidad con la hueca hinchazon de su estilo y con su ampulosa declamacion. Los arúspices y los sacerdotes, los retóricos y los maestros griegos, los parásitos y los histriones, los poetas y los cocheros del circo fueron los últimos representantes de una civilizacion, que en vano quiso reanimar el filósofo real Juliano; artistas ciegos, que en el seno de un mundo nuevo, cuando los bárbaros asentaban ya los cimientos de las modernas sociedades, creian que nada habia cambiado desde los tiempos de Homero. El último poeta latino invocaba en un canto épico las deidades del Parnaso para ensalzar al godo Estilicon.

La invasion arrancó estos débiles restos de paganismo, y la cultura intelectual se refugió á la sombra del nuevo santuario. La Iglesia, única fuerza de cohesion en el mundo del individualismo y de la violencia, adoptó el latin, conservando de este modo la tradicion de la ciencia antigua, y estableciendo un lazo de union entre todas las inteligencias que bajo su proteccion se desarrollaban. Pero esto contribuyó á que la instruccion se aislase, y á dejar abandonadas á las nuevas lenguas que comenzaban á formarse. Así vemos por mucho tiempo separadas la literatura sábia de los claustros y la literatura popular, relegada esta á los groseros juglares para entretenimiento de un vulgo ignorante.

Se habia sentado, con demasiada seguridad, que los pueblos septentrionales habian formado el italiano, modificando el latin, sin atender á que su influjo, á mas de pasagero, fue muy diverso en las varias localidades de la península, en algunas de cuyas ciudades, como en Roma, no llegaron á establecerse. Y efectivamente, examinando el moderno italiano, apenas hallaremos en él alguna palabra tomada á los idiomas teutónicos, y la modificacion que han sufrido las voces latinas suavizándose, no es creíble la debiesen á pueblos de un lenguaje áspero é inarmónico. Leonardo Bruni, el Arellino, quiso probar en el siglo XV que el italiano era coetáneo del latin; no siendo otra cosa que el dialecto vulgar, como lo confirman las espresiones que Plauto y Terencio

(1) El artículo anterior, inserto en el primer número de EL PANORAMA, contiene una errata, hija de la premura con que tuvo que hacerse la publicacion de dicho número.

En la columna 2.ª de la página 3, están fuera de su lugar las líneas cuarta, quinta y sexta, que deben formar parte del párrafo quinto de dicha columna, el cual debe quedar redactado en esta forma:

«Olvidando que la poesia es culto íntimo de la belleza ideal, que tomando su fuerza y su inspiracion en el fondo del alma, solo accidentalmente es modificado por los objetos exteriores, una secta literaria ha puesto toda la poesia en la forma exterior, y ha convertido el colorido local en regla de composicion. De aquí han nacido, etc.

ponen en boca de algunos personajes del pueblo, espresiones que mas pertenecen al italiano moderno que al latin clásico. Quadrio adoptó esta opinion, y los adelantos de la filología han puesto fuera de duda la existencia de un latin rústico, diverso del escrito, que hasta los mismos romanos aprendian en las escuelas como el griego.

Esta hipótesis, sentada de un modo demasiado absoluto, fue tenazmente combatida, y el ilustre Maffei creyó que el trascurso del tiempo bastó para que el latin se metamorfosease en el italiano, sin necesidad de influencias estrañas.

Fácilmente podemos acordar esta variedad de pareceres, y decir que al mismo tiempo que el latin escrito existia otro vulgar, sin la difícil construcción y el giro artificioso de la estudiada dición de los autores, y que esta lengua, modificada por los bárbaros, que tuvieron necesidad de aprenderla, y aun mas por el trascurso de ocho siglos iliteratos, se convirtió en la italiana, que solo de la latina se separa en la suavización de sus terminaciones y en el uso de los artículos y verbos auxiliares, que le dieron mayor claridad, haciendo mas precisa su construcción. Esta elaboración fue muy lenta, y no se terminó hasta el siglo XIII (1); pero siendo debida á los esfuerzos aislados de las localidades, dió nacimiento á esa multitud de dialectos que aun no han podido borrarse. Cuando empezó á escribirse el idioma vulgar, los autores fueron limando aquellos dialectos incultos, y preparando la obra de la formación de una lengua general. La gloria de haberla llevado á cabo se atribuye al Dante, y en verdad que él fue quien mas á ella contribuyó. En su *Divina Comedia* fijó el italiano que llama «ilustre, cardinal, áulico, cortesano,» el cual no es, segun él mismo dice, el florentino, como muchos creen, «sino el idioma de todas las ciudades de Italia, y que no es propio de ninguna de ellas exclusivamente; de que han usado los ilustres doctores que han compuesto poemas en lengua vulgar, Sicilianos, Pullenses, Toscanos, Romanos, Lombardos, de la Marca de Treviso y de la Marca de Ancona (2).»

Hemos visto formarse la lengua italiana; busquemos ahora el espíritu que animó aquellas formas aun groseras, la poesía que dió vida á aquel idioma. Las hordas del Norte tenían su literatura especial: tosca, pero inspirada y espontánea, inflamaba los instintos violentos de aquellas razas guerreras en los cantos de los bardos y de los escaldas. Pero aquellas tradiciones paganas fueron borradas por el agua bautismal, y el celo de los obispos arrancaba los árboles sagrados y destruía los ídolos informes de la mitología teutónica, como había demolido los templos del gentilismo clásico. Si Carlomagno reunió los antiguos cantos de los sajones, la medrosa política de Luis el Piadoso destruyó aquella interesante compilación, y los recuerdos poéticos de la primitiva sociedad germánica fueron condenados como objeto de supersticiones gentílicas.

Para encontrar los principios de la literatura moderna, es preciso que lleguemos hasta el siglo XI. La Provenza había conservado tenazmente las tradiciones y la cultura romana, y la lengua de oc, dialecto del romance latino, pudo muy pronto prestarse á los alegres cantos de los trovadores. No podemos detenernos en examinar la literatura provenzal, y solo la circunstancia de ser madre de la italiana nos obliga á hacer sobre ella breves indicaciones. Hermana de la rica y desordenada poesía árabe, que influyó mucho en su carácter, nos ofrece como ella una galantería tan pueril y exagerada, una metafísica tan rebuscada, un gusto tan poco sóbrio de ornamentos fútiles, y una propensión tan marcada á los juegos de palabras y de rima, que mas debemos considerar á los trovadores como versificadores que como inspirados poetas. Y en efecto, no eran mas que unos juglares

mercenarios que en los certámenes de la Gaya Ciencia y en las fiestas de los castillos entretenían á los severos señores y honestas damas con el frívolo relato de livianos amores. Es verdad que el espíritu galante de la sociedad caballeresca hizo que se ejercitasen en el arte de *trovar* muchos nobles dispados, que buscaban la celebridad en sus coplas y en sus aventuras escandalosas, pero ninguno de ellos consiguió dejar su nombre á la posteridad. La poesía provenzal fue la poesía del amor; pero no de un amor grande y puro, sino de una galantería viciosa oculta bajo el velo de una metafísica incomprensible. Un amor con tribunales y códigos casuistas está muy cerca de ser una farsa ridícula.

En la época de la caballería y del galanteo esta literatura debió lograr inmensa boga, y así fue en efecto (4). En Italia, especialmente, se hizo sentir su influencia, y los poetas provenzales la recorrían siendo acogidos en todas partes, y sobre todo en la Lombardia, con extraordinario aprecio. Así es que muchos italianos se dedicaron á trovar en provenzal, logrando entre ellos gran celebridad el mantuano Sordello.

Mientras los provenzales inspiraban á los italianos el gusto de la poesía, en Sicilia se reunía al rededor de Federico II y sus hijos una corte de poetas. El *Sultan de Nocera*, como llamaban sus enemigos al Emperador escomulgado, con una despreocupación poco comun entonces, estudiaba con los árabes y hacia versos con los trovadores. Su privado, el célebre Pedro de las Viñas, era el Mecenas de su tiempo, y sus hijos, Enzo, Rey de Cerdeña, y el desgraciado Manfredo, manifestaron la misma propensión que su padre hacia la poesía vulgar. La trágica ruina de la casa de Hohenstaufen y la severa gravedad de los principes de Anjou dispersaron á los primeros maestros de la literatura italiana, sin dejar mas vestigios que el nombre de *Sicilianos* que por algun tiempo se la aplicó.

La paz de Constanza había dejado en una libertad casi ilimitada á los comunes del norte de la península. Las apuestas banderías de güelfos y gibelinos, las controversias de jurisdicción, las ambiciones de las ciudades, las agitaciones continuas de unas democracias sin experiencia, la extensión del comercio marítimo, los proyectos y correrías de los principes extranjeros, habían acumulado en aquellas pequeñas repúblicas tantos elementos de vida y movimiento, que en ellas debieron desarrollarse rápidamente todos los ramos de la actividad humana. Aquellas fuerzas divergentes se concentraron en una poderosa personalidad: el Dante fue la espresión característica de aquella época. Pero antes de ver cómo reunió su poderoso número los elementos dispersos de aquella poesía ruda, grandiosa é ingenua de la Edad Media católica y política, debemos hacer ver cómo nace y toma dirección fija, aun antes de que los enalteciesen los grandes poetas de Florencia, el espiritualismo amoroso que ellos consagraron, y que ha inmortalizado los nombres de Beatrice y de Laura.

Teodoro Llorente.

EN UN ALBUM.

¿Comprendes las voces
Que triste murmura
Allá en la espesura
El aura fugaz,
El ave á la aurora,
Al valle la fuente,
Del monte el torrente
Y la ola del mar?

Pues esos acentos
Mi lábio á tu oído
Podrá dolorido
Decir solo hoy;
¡Un son sin acordes,

(1) «Los trovadores provenzales en la época de su apogeo dieron tanto esplendor y estima á su lengua, que era comprendida y usada por cuantos con las letras profesaban gentileza de caballería y de corte, no solo en Francia, sino tambien en Alemania, Inglaterra é Italia.» *Redi*.

Sin notas un canto,
Un ¡ay! mas sin llanto,
Un eco sin voz!

R. Ferrer y Bigné.

Febrero del 64.

REGATAS A TRAVES DEL OCEANO ATLANTICO.

En Inglaterra están siendo objeto de las mayores ovaciones los tripulantes de tres pequeños buques que han atravesado el Océano Atlántico en brevísimo tiempo, por una apuesta que prueba la intrepidez y la destreza de los marinos anglo-americanos. Entre los grabados de este número de EL PANORAMA figura la copia exacta del *Henriette* (*Enriqueta*), que ha sido el buque vencedor en esta extraordinaria regata, de la que vamos á dar algunas noticias.

El *Enriqueta*, el *Fleetwing* y el *Vesta*, yachts pertenecientes á la marina de Nueva-York, de 201 á 210 toneladas, zarparon de Sandy Hook, puerto inmediato á aquella ciudad, el 11 de Diciembre, á la una de la tarde, con rumbo á Cowes, en la isla de Wight, á la entrada del puerto de Southampton (Inglaterra.) Cada yacht había depositado una suma de 30.000 dollars, que hace un total de 90.000 duros próximamente, los cuales debía percibir el primero que llegase.

De los tres propietarios de estos buques, uno solo, M. Bennett, se embarcó en su yacht el *Enriqueta*. Le acompañaban el capitán Samuels, muy conocido por sus rápidas travesías de Nueva-York á Liverpool, que por término medio solo duraban 17 días, y efectuó una en 13 y algunas horas.

El orgullo americano, escitado al ver que el periodista mas renombrado de los Estados-Unidos (M. Bennett, es redactor y co-propietario con su padre del *New-York Herald*) era el único que tenía valor para esponderse á los peligros de la travesía, aclamó principalmente al *Enriqueta*, cuando los tres yachts levaron anclas en Sandy-Hook. Aquellos aplausos fueron de buen augurio.

En efecto, salido el 11 de Diciembre, el *Enriqueta* se hallaba en Cowes el día de Navidad al medio día. El *Fleetwing* y el *Vesta* llegaron con dos horas de diferencia uno de otro. Esta casi igualdad en la marcha durante 1.200 leguas, es quizá el hecho mas notable de la carrera.

Durante la travesía ningún incidente de interés ocurrió ni al *Enriqueta* ni al *Vesta*; pero el *Fleetwing* perdió 6 hombres que fueron arrastrados por una ola. Durante el viaje de los yachts han reinado casi continuamente tempestad y viento del Oeste en el Atlántico.

El puente de estos pequeños buques estuvo siempre cubierto de nieve, y viéronse envueltos, sin cesar, en una espesa niebla.

El *Enriqueta* volaba como una pluma por los profundos valles que formaba la tempestad en las olas del Atlántico, que se levantaban á derecha é izquierda del yacht como dos gigantescos muros.

El 18 de Diciembre á media noche, la tempestad era tan furiosa que todo pasó á bordo del *Enriqueta*, como previendo una catástrofe. El capitán Samuels declaró que no había visto en sus treinta años de navegación, continuar en marcha un buque tanto tiempo como el *Enriqueta* lo había hecho en medio de tan terrible huracán.

Pero ya era tiempo de detenerse, tomar precauciones y poner la proa al viento, izar la vela de reserva, gracias á la cual el valiente y pequeño buque pudo permanecer parado, y como aguantándose sobre un ancla en mitad del Océano.

Al día siguiente, 19 de Diciembre, la tempestad calmó, y al medio día sucedió una calma chicha desesperante. Nadie sabía á qué santo encomendarse, cuando un marinero recurrió á una vieja superstición del mar, segun la cual los marineros que se mudan de camisa y se asean, la mar y el viento los imitan y cambian. Todos aceptaron la idea á bordo del yacht, y desde el aristocrático sportman hasta el último marinero se entregaron á lavatorios corporales y á mudarse completamente.

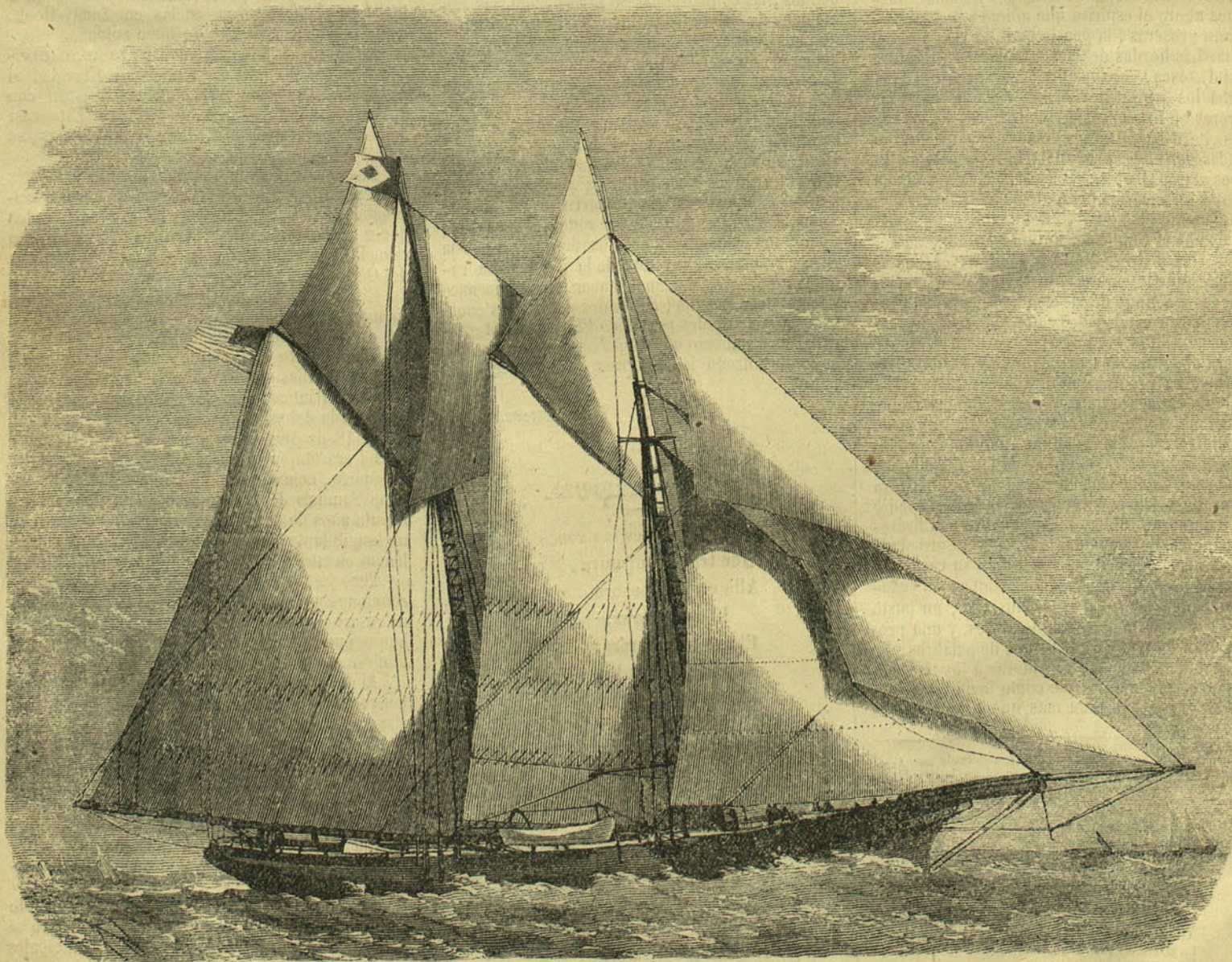
Uno de los criados del yacht era barbero de profesion. Inmediatamente se improvisó sobre el puente un salon de peluquería, cuyos principales ingredientes, jabon, pomada, navajas, fueron cedidos generosamente por los *gentleman* viajeros. Marineros que no se habían afeitado desde que

(1) De un códice milanés del año 1264, publicado por Arge. lati, tomamos este fragmento, en el que se vé un latin italiano-todavía fluctuante, que tiene bastante analogía con nuestro primitivo romance castellano, hasta en la rima defectuosa que entre nosotros regularizándose llegó á formar un sistema de versificación. Como Deo á facto lo Mondo
Et como de terra fo lo homo formo,
Cum el descendé de cel in terra
In la vergene regal Polzela,
Et cum el sostene passion
Per nostra grande salvation
Et cum verá el di del ira
La o será la grande roina,
Al peccator dará grameza
Lo justo avrá grande alegría,
Ben e razon ke l'omo intenda
De que traia sta legenda.

(2) Dante, de *vulgari eloquio*.



LA CAZA DEL CONEJO.



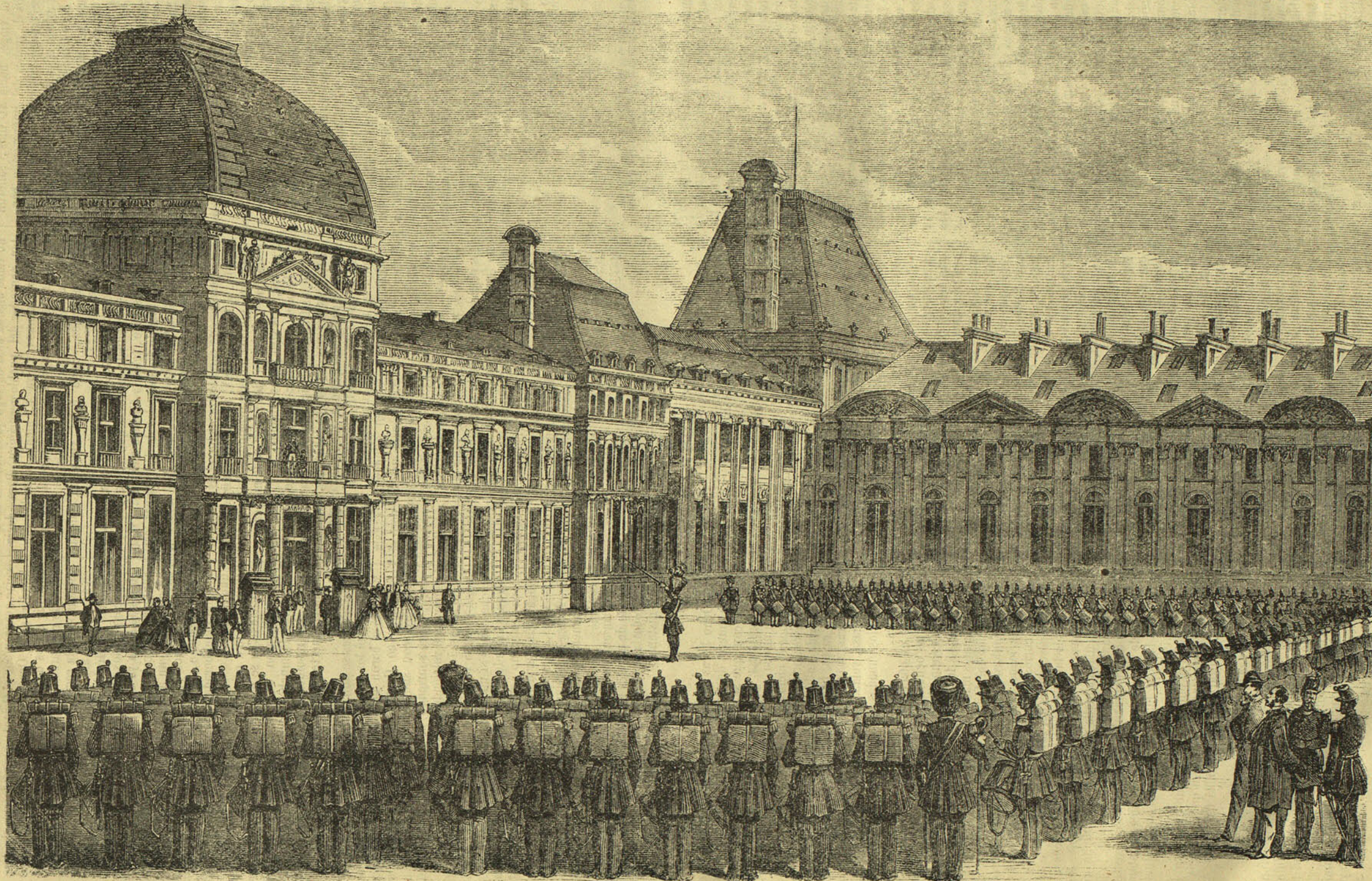
El brick Henriette, vencedor en las regatas á través del Océano Atlántico.

Palacio de las Tullerías.—Diana de 1.º de Enero.

El día 1.º de Enero se reúnen en la gran plaza del magnífico palacio de las Tullerías, llamada comunmente el Carrousel, las bandas de tambores de todos los regimientos de guarnición en París. Formados los tambores, que en algunas ocasiones llegan al número de dos mil, ante los balcones del palacio imperial, y colocado en el centro uno de los gigantesos gefes de banda con que se envanece los regimientos franceses, dá este la señal, y el parche de tantas cajas, herido al mismo tiempo por el acompasado palillo de todos los tambores, suena como un trueno en el espacioso ámbito de la plaza.

Esto es lo que se llama *la diana de 1.º de año*, y es una costumbre tradicional que han mantenido los varios gobiernos, pues en Francia arraigan todos estos espectáculos militares que satisfacen el espíritu belicoso é impresionable de aquel país.

El grabado que figura al pié de estas líneas es una exacta representación de esta escena. El emperador y el príncipe imperial aparecen en el balcón principal de las Tullerías, y el tambor mayor director de la gran diana dá la señal para que esta comience.



emprendieron el viaje, hacia 40 días, salieron frescos y limpios de manos del improvisado barbero. Luego se esperó ansiosamente si en esta ocasión sería burlado el espíritu supersticioso de los marineros. Pero triunfó. Comenzó a soplar el viento de repente por una singular casualidad, y el yacht prosiguió su marcha a toda vela, llegando a Cowes el primero.

El triunfo del *Enriqueta* se debe a varias causas. No solo llevaba a bordo a su dueño, a quien no se puede reemplazar, sino que iba mandado por el capitán Samuels, el mas renombrado marino de navegación a la vela. Además, el yacht llevaba 30 hombres, todos marineros, incluso el patron, en tanto que solo habia 26 hombres a bordo del *Vesta*, y 23 en el *Fleetwing*.

En cuanto a condiciones náuticas, los tres yachts eran casi iguales, como lo habian demostrado en otras carreras en aguas americanas. No debe, pues, atribuirse únicamente el triunfo del *Enriqueta* a su superioridad en las maniobras como hemos dicho ya, sino tambien a la línea que habia elegido a través del Atlántico.

El *Fleetwing* y el *Vesta* navegaron un poco mas al norte. El *Enriqueta*, solo, siguió lo que se llama *steamers-reparertack* ó línea que siguen los vapores trasatlánticos. El yacht ha recorrido la línea mas recta entre Nueva-York y Cowes, haciendo tan solo en pequeñas bordadas unas 11 millas ó sean cerca de 16 kilómetros de camino perdido.

El día que mas anduvo en 24 horas, fueron 286 millas ó sean unos 450 kilómetros. La distancia es de unos 5,000 kilómetros. El *Enriqueta* llegó en trece días, veintidos horas y cuarenta y seis minutos, sin sufrir avería ninguna ni en la parte mas débil de su aparejo.

LAS FORMULAS DEL SALUDO.

Estas fórmulas representan en cierto modo el carácter de cada nación, y manifiestan algunas de las costumbres particulares que las distinguen. En Oriente tienen un estilo bíblico, sereno, patriarcal; se reconoce en ellas esa inmovilidad de las naciones pastorales y guerreras, que han quedado fuera de todos los progresos de la humanidad. Casi todas estas fórmulas tienen por punto de partida el sentimiento religioso, y casi todas ellas dan a entender que desean la paz a aquel a quien se dirigen. La palabra saludo viene del árabe *salem* ó *shalam*, que significa paz. Los árabes saludan de estas maneras: —«¡Que sea bueno tu mañana!» —«¡Que Dios te conceda sus favores!» —«Si Dios quiere, estarás bueno.»

Los turcos saludan con mucha frecuencia: —«¡Que no se disminuya tu sombra!» —«¡Que tu sombra no se aleje de nosotros!» Hé aquí saludos que no pueden ser pronunciados sino en un país que haya sol. Un inglés no tendrá jamás la idea de desear a un compatriota suyo una sombra semejante. Los árabes y turcos que profesan la religión de Mahoma suelen usar, a mas de sus respectivos saludos, el sacramental «¡Alá te guarde,» formando con el cuerpo un semicírculo completo.

El clima de Egipto es muy propenso a calenturas, y por esta razon la transpiración es necesaria para la salud. Así el egipcio que se encuentra con un individuo, le pregunta cómo va la transpiración, en esta forma: «¿Ha sudado V. mucho?»

«¿Ha comido V. su arroz?» «¿Está en buen orden el estómago de V?» preguntaría el chino que topara con Vds. Inquietud chocante, que no puede ser bien comprendida sino en un pueblo trágico.

«¿Te diviertes?» dice el griego moderno, que es casi como diría a Vds. el antiguo. Saludo encantador que no podría ser dirigido mas que en aquel risueño país.

Los romanos de otro tiempo, que eran robustos, infatigables y laboriosos, tenían saludos enérgicos, espresando a la vez la fuerza y la acción: «Salve. Sé fuerte, está en buena salud,» y «*Quid agis?* ¿Qué haces?»

El napolitano devoto dirá a Vds.: «*Cresce in santità,*» y el antiguo piemontés: «Soy el esclavo de V.» El *come sta* de toda la Italia indica la flojedad, la molice, el *dolce fariente*. La salutación ordinaria del alemán es: «¿Como va?» Este salu-

do tiene alguna cosa de vago que indica el carácter pensador del pueblo germánico. Para decir «Adios» exclama: «Viva V. bien;» fórmula que indica su naturaleza pacífica y la afición a las dulzuras de la existencia.

El holandés, como buen viajador, saluda «¿Cómo anda V.?»

El sueco: «¿Cómo piensa V.?» lo que indica la actividad intelectual: mientras que el danés, que es mas sosegado, toma la fórmula alemana: «Viva V. bien.» Una de las fórmulas de los polacos, es: «¿Está V. alegre?» Nos parece que bien pudiera suprimirla este pueblo desventurado.

Los ingleses tienen la fórmula: «Dios sea con V.» pero lo que caracteriza mejor el genio inglés es esta: «¿Cómo hace V. hacer?» La actividad inglesa está pintada en esta pregunta, donde la palabra hacer se repite dos veces: nada mas característico, mas vivo y mas bullidor.

El *comment vous portez-vous*, «cómo se lleva ó va V.» de los franceses es igualmente característico. El francés es mas activo que laborioso, mas ardiente y apasionado que ocupado: para él lo principal no es hacer, sino ir, llevarse a sí mismo y exhibir en todas partes su persona.

Los españoles en general saludamos: «¿Está V. bueno?» ó bien, «¿Cómo está usted?» pero el español grave y sosegado nos endilga siempre con mucha pausa «¡Buenas tardes, señores!» y generalmente se contesta: «A la orden de V., caballero.» Esas fórmulas: «Beso a V. la mano.» —«¡A los pies de V., señora!» son saludos híbridos que no tienen carácter de nacionalidad, y que, aparte de las capitales de provincia, las gentes verdaderamente españolas usan muy rarisima vez. El saludo del español es franco, prudente, formal y nada entrometido: se limita a preguntar por la buena ó mala salud, y no se mezcla en las sombras, estómagos, pensamientos, ni negocios de los demás. Es sin disputa la fórmula de saludo mas gráfica y apropiada.

P.

¡BUENA PESCA!

(Tradicion aragonesa.)

POR

DON PEDRO A. DE ALARCON.

III.

Era una tarde de Mayo; una hermosísima tarde.

Los dos esposos tomaban el sol a la puerta de su choza.

Aquel sol que se ponía hace siglo y medio es el mismo que todos conocéis: por esto no lo describimos. Diremos solamente que aquella tarde se ocultaba tras las montañas con tanta lentitud y magestad como si no pensara volver a salir nunca. Era uno de esos momentos augustos en que parece que el tiempo se ha parado. Era una de esas fiestas de la naturaleza que no pasan a la historia; uno de esos días esplendidos y solemnes en que parece que el mundo ha llegado por primera vez al apogeo de su hermosura, y que todo el tiempo anterior ha sido un período de adolescencia, así como todo el tiempo que ha de venir un descenso, un desmejoramiento, un envejecer penoso que terminará en nada. Era, en fin, esa hora melancólica en que el ánimo suspenso asiste a la tragedia de la muerte del día como un espectáculo nuevo y que no ha de repetirse, hora en que si por acaso recordais a los seres que conocisteis y murieron, os sentís avergonzados de vivir una vida que ellos abandonaron.

Carmela y Damian miraban aquel sol, cuyos últimos rayos tenían el horizonte de no sé qué luz profética, que iba a reflejarse allá en su conurbado espíritu. Por inculta y tosca que fuese su naturaleza, ambos sintieron en aquel instante, quizás por la escitación a que habian llegado sus almas, que aquella puesta de sol no debía serles tan indiferente como en los demás días; que era para ellos aquella hora, hora crítica y predestinada, hora de misterio ó de fatalidad. Y acaso por lo mismo que su limitada inteligencia no les permitía darse cuenta de lo que experimentaban, ni analizar las informes imágenes de vida y muerte,

de pasadas venturas y presentidos dolores que veían avanzar por el Oriente a medida que el sol se hundía en el Ocaso, era mayor la turbación y la angustia de los dos criminales, que callaban temerosos de revelarse sus secretos, y ni se miraban ni extrañaban esta recíproca reserva. Y es que existe en nosotros en algunos momentos una tercera esencia, mas penetrable aun que el alma, y esta esencia inaccesible a los sentidos y aun a la voluntad, habia establecido ya entre la esposa que meditaba el adulterio y el celoso que proyectaba el asesinato un equilibrio, un acuerdo mútuo, una especie de doble imaginación, que podríamos llamar atmósfera de crimen, la cual les servía de tácito convenio, de indeliberada complicidad, para que ni el uno ni el otro extrañase un silencio tan largo y tan injustificado a primera vista.

Cuando ya se puso el sol completamente, ambos respiraron con fuerza, como quien termina una tarea de muchas horas. El pacto estaba firmado. La resolución de los dos era irrevocable como la muerte de aquel día que empezaba a agonizar.

Entonces se miraron ya sin miedo ni reserva. Damian alzó los ojos al castillo con grande aplomo y saludó al baron de Mequinenza, que tenia fijos los suyos en Carmelita. Esta saludó tambien al caballero con suma naturalidad. Damian que lo viera, estiró sonriendo la pierna del reumatismo, y murmuró volviéndose hácia su muger:

—Pues, señor, estoy completamente bueno. Me voy a dar una vuelta por la aldea. Pasaré allí la noche viendo si cobro unos cuartos que me deben algunos labradores, y volveré mañana por la mañana temprano a recoger la pesca que caiga esta noche. Ea, Carmelita, quédate con Dios.

—Adios, Damian, dijo Carmelita maquinalmente. Nunca se habian despedido los dos esposos de esta manera; pero ni el uno ni el otro lo extrañaron.

Damian cogió el sombrero y un palo, pasó al puente de nogal y penetró en los fosos del castillo. Todavía doraba el sol el pico de una montaña muy distante.

IV.

Ocho horas despues, estaba el sol de vuelta en en la puerta de la cabaña. Toda la tristeza y seriedad con que se pusiera el día anterior habian sido pura farsa. Allí se hallaba otra vez, mas alegre que nunca, rubio como unas candelas, trepando por el cielo con la misma indecisión que si fuera la vez primera que hacia el viaje, y esparciendo vida y alborozo donde quiera que penetraban sus rayos. Brillaba el agua, cacareaban las gallinas, rasgábanse las brumas del Ebro como velos de gasa, volaban los pájaros mas perezosos, y bullian los ganados y los pastores en el fondo de los valles.

Era, en efecto, el mismo sol,—el cual durante aquellas ocho horas de ausencia habia atravesado el Océano, dado las doce en América, servido de Dios a los idólatras del mar Pacifico, alumbrado algunos matrimonios en la China, tostado las especias del Indostan, besado las piedras del Santo Sepulcro y marcado la hora de la muerte a algunos griegos modernos, viniendo ahora todo lleno de curiosidad a saber qué habia sido de aquellos dos pescadores del Alto de Aragon, que dejó sentados la tarde antes a la puerta de su choza.

En cuanto a Damian, podemos decir que tambien se hallaba aquella mañana mas contento que la tarde anterior, si hemos de juzgar por lo jugeton y alegre que subia las rampas del castillo, seguido de otros pescadores de la aldea, cantando en coro la jota mas villana que ha producido aquel país.

Llegaron al puente levadizo que estaba ya levantado; atravesaron la fortaleza que aun yacia en silencio, y llegaron a la esplanada fronteriza a la cabaña de Damian.

—¡Bien ruga la cascada! dijo un pescador.

—¿Y el puentecillo? preguntó Damian.

—¡Es verdad! mira... mira... se ha desmoronado por las dos cabezas... Es que se ha hundido.

—¿Cómo ha podido ser? ¡Un tablón de nogal tan largo y tan pesado!

—Tendré que comprar hoy otro, repuso Damian encogiéndose de hombros. Con que, chicos, ayudadme a sacar este par de copos antes que sea mas tarde.

Y reanudando su interrumpida canción, empezó a tirar de las redes.

—¡Diablo! cómo pesa... exclamó un pescador. ¡Oh!... ¡has hecho un buen negocio!

—Lo menos diez arrobas, dijo un segundo ¡buena pesca!

—¡Ya lo creo! añadió otro: habrá pescado el puente de nogal.

Damian se sonrió.

—¡Decis que ese copo pesa? gritó entonces otro pescador, que tiraba de la segunda red; pues este no se queda atrás. Lo menos tiene doce arrobas.

—¡Buen par de peñones habrán entrado en las mangas! dijo un envidioso.

Damian estaba sombrío, trémulo, cubierto de sudor.

—¡Con que un copo pesa tanto como el otro!... murmuró por lo bajo. No puede ser.

Y con lentos pasos se dirigió á la cabaña.

En esto empezó á aparecer el primer copo.

Dentro de él se hallaba en efecto el tablon de nogal; pero no entero, sino la mitad exactamente. Era indudable que el puentecillo había sido aserrado aquella noche.

Aun no se habían repuesto los pescadores de su asombro, cuando retrocedieron espantados y dando gritos.

A estos gritos respondió en la cabaña como un eco, un gemido terrible, pavoroso, sepulcral.

Y Damian apareció en la puerta con los cabellos erizados y la mirada estúpida, riendo como una furia escapada del infierno.

Los pescadores habían visto en el fondo de la primera red la pálida cabeza de don Jaime.

Damian había encontrado desierta su choza é intacto el lecho de Carmelita.

Carmelita estaba dentro de la segunda red con la otra mitad del puente de nogal.

—¡Ella también! ¡No contaba yo con tanto! ¡Ella también! ¡Buena pesca! gritó Damian con toda la fuerza de sus pulmones. Y corrió á encerrarse en la cabaña.

Cuando la justicia entro á prenderle, le encontró armado de una sierra, cortándose la mano derecha y gritando entre horribles carcajadas: ¡Buena pesca!

Estaba loco.

EN EL SILENCIO DE LA NOCHE.

Coronada de estrellas

Desciende ya la noche en vuelo blando,

Y en pos va de sus huellas,

Ramo frondoso de letal beleño

En su diestra agitando,

El mudo númen del tranquilo sueño.

Goza el reposo que el Señor te envía,

Oh mundo, y tu, despierta, ¡oh alma mía!

Callad, brisas de Abril que engañadoras

Llenais las selvas de suspiros vagos,

Callad, callad, ¡oh ráfagas sonoras!

Que resbalais sobre los tersos lagos;

Callad también, raudales cristalinos;

Y tú que endulzas las nocturnas horas

Suspende un punto, ruiñón, los trinos!

Callad, y cuando todo en dulce calma

Repose, encencharé con vivo anhelo,

La voz que vuela desde el alma al cielo,

Y la que viene desde el cielo al alma.

Teodoro Llorente.

EL MONTE DE LAS ANIMAS.

LEYENDA SORIANA.

POR D. LUIS GARCIA DE LUNA.

La noche de difuntos me despertó á no sé qué hora el doble de las campanas; su tañido monó-

no y eterno me trajo á las mientes esta tradicion que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo. ¡Imposible! Una vez aguijoneada, la imaginación es un caballo que se desboca y al que no sirve tirarle de la rienda. Por pasar el rato, me decidí á escribirla, como en efecto lo hice.

A las doce de la mañana, despues de almorzar bien, y con un cigarro en la boca, no le haré mucho efecto á los lectores de EL PANORAMA. Yo la oí en el mismo lugar en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza con miedo, cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche.

Sea de ello lo que quiera, *allá va*, como el caballo de copas.

I.

—Atad los perros; haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores, y demos la vuelta á la ciudad; la noche se acerca, es día de Todos Santos, y estamos en el Monte de las Animas.

—¡Tan pronto!

—A ser otro el día, no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras, pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración en los Templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán á tañer su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruinosa! ¡Bah! ¿Quiéres asustarme?

—No, hermosa prima; tú ignoras cuanto sucede en este país, porque aun no hace un año que has venido á él, desde muy lejos. Refrena tu yegua, yo también pondré la mia al paso, y mientras dura el camino, te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos; los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron á sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva á bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos, la prometida historia:

—Ese monte que hoy llaman de las Animas, pertenecía á los templarios, cuyo convento ves allí, á la margen del río. Los templarios eran guerreros y religiosos á la vez. Conquistada Soria á los árabes, el Rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio á sus nobles de Castilla que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron.

Entre los caballeros de la nueva y poderosa orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir á sus placeres; los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, á pesar de las severas prohibiciones de los *clérigos con espuelas*, como llamaban á sus enemigos.

Cundió la voz del reto, y nada fue parte á detener á los unos en su manía de cazar, y á los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó á cabo. No se acordaron de ella las fieras; antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus hijos. Aquello no fue una cacería, fue una batalla espantosa: el mundo quedó sembrado de cadáveres; los lobos á quienes se quiso exterminar tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autoridad del rey; el monte, maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte, y en cuyo átrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó á arruinarse.

Desde entonces dicen que cuando llega la noche de difuntos se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en girones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales: los ciervos braman espantados, los lobos aullan, las culebras dan horribles silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve la huella de los descarnados piés de los esqueletos. Por eso en Soria le llamamos el monte de las Animas, y por eso he querido salir de él antes que cierre la noche.

La relación de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que dá paso á la ciudad por aquel lado.

Allí esperaron al resto de la comitiva; la cual, despues de incorporárseles los dos ginetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

(Se continuará).

PALACIO DE LA ESPOSICION UNIVERSAL.

Si no hubieran caducado los prodigios; si nuestra época, en vez de materialista fuera creyente en lo maravilloso, podría hoy añadir una mas al catálogo de las maravillas.

El que ha visto hace un año esa llanura del Campo de Marte, inmensa, desnuda, solitaria, un Sahara en pequeño, y ve ahora alzarse en ella, como por arte mágico evocado, el monumento colosal, el templo grandioso erigido á la inteligencia y al trabajo, no puede menos de recordar los cuentos de hadas y aquel fantástico poder de la varita de virtudes.

Y, sin embargo, son hombres de carne y hueso los que han ejecutado esa obra babilónica.

El 25 de Setiembre de 1865 se dió el primer azadonazo en el Campo de Marte.

Seis meses despues, el 6 de Abril de 1866, se colocaba la primera columna de las que sostienen el amazon de hierro. (Cada una de estas columnas pesa 12.000 kilogramos, y cuesta de 7 á 8.000 francos, habiendo 160 solo en la galería central.)

El 1.º de Octubre anterior, estaban en su sitio la última columna y la última pieza del amazon.

El edificio, pues, cuya superficie cubierta mide 150.000 metros, ha tardado en construirse unos seis meses.

En la actualidad hay empleados en los trabajos unos 5.000 obreros; al principio su número era mas reducido. Hé aquí ahora su hoja de servicios en menos de un año.

500.000 metros cúbicos de tierras removidas

50.000 metros cúbicos de argamasa.

50.000 metros cúbicos de obra de albañilería

6.000 metros longitudinales de acueducto y alcantarillas.

Y la colocación de 20 millones de kilogramo de hierro, y de 60.000 metros cuadrados de cristales.

El palacio de la Exposición de 1867 es una idea grandiosa, admirablemente concebida, realizada niezquinamente. M. Le Play la ha imaginado; MM. Krantz y Alphand son sus fieles ejecutores.

La idea de M. Le Play consistía en que cada clase de objetos formase una banda circular, ó mejor dicho, elíptica, cortada en tantas fracciones como países esponentes. Así, siguiendo la galería de los trages, por ejemplo, hasta dar la vuelta al palacio, hubiera podido verse sucesivamente cómo se visten los franceses, los belgas, los rusos, los chinos, etc., y se hubiera podido comparar; y mientras que el francés compraba sus pieles al ruso, este le compraría sus paños, todo hecho con facilidad, como quien dice al alcance de la mano, con grandes ventajas para todos los pueblos.

Encargado de dar cuerpo á esta idea el ingeniero Krantz, veamos lo que ha hecho:

En el centro un jardín, al que conducen 16 caminos convergentes. Al rededor de este jardín galerías concéntricas con la anchura y elevación necesarias á lo que en ellas se debe colocar. La gran nave que cubre al monumento tiene proporciones colosales en verdad. En su conjunto el edificio es lo mas gigantesco que pueda darse.

En torno de este palacio el ingeniero Alphand ha dispuesto un parque dividido igualmente en regiones concéntricas, con calles de árboles sinuosas, y formando un todo agradable y pintoresco.

Entrando por la puerta principal del puente del Sena, véase al frente una ancha avenida que conduce al palacio.

La gran puerta del palacio nada tiene de monumental. Consiste en cinco grandes arcos abier-

tos en la pared metálica, y debajo de los cuales se estien- de una especie de marquesina, mas saliente que la que rodea al edificio, á cuyo abrigo se espon- drán los alimentos y todos los objetos de consumo. A la iz- quierda está la fon- da francesa, y la inglesa á la derecha. Cada pueblo ocupará un lugar debajo de esta marquesina, con sus bebidas y con sus manjares nacionales. Las cocinas se situarán en las cuevas.

Lo primero que se vé, entrando en el palacio, es la ga- leria de los instru- mentos fabriles é industriales: es la nave mayor: tiene 35 me- tros de ancho y 25 de alto. En el centro de esta galeria, y dando como ella la vuelta al edificio, se eleva, sobre una doble columnata de hierro fundido, una galeria á manera de balcon. Súbese á ella por dos escaleras si- tuadas á derecha é izquierda de la puer- ta principal. Los ejes que transmiten el movimiento á las má- quinas, estarán sos- tenidos por castelas que descansan sobre la columnata. Deba- jo de esta galeria aérea se instalarán muchos miles de obreros, ocupados en el trabajo manual comparativo y com- plementario de las máquinas, lo cual ha de ofrecer el incon- veniente de que los visitantes no po- drán ver desde arri- ba este curioso é importantísimo de- talle.

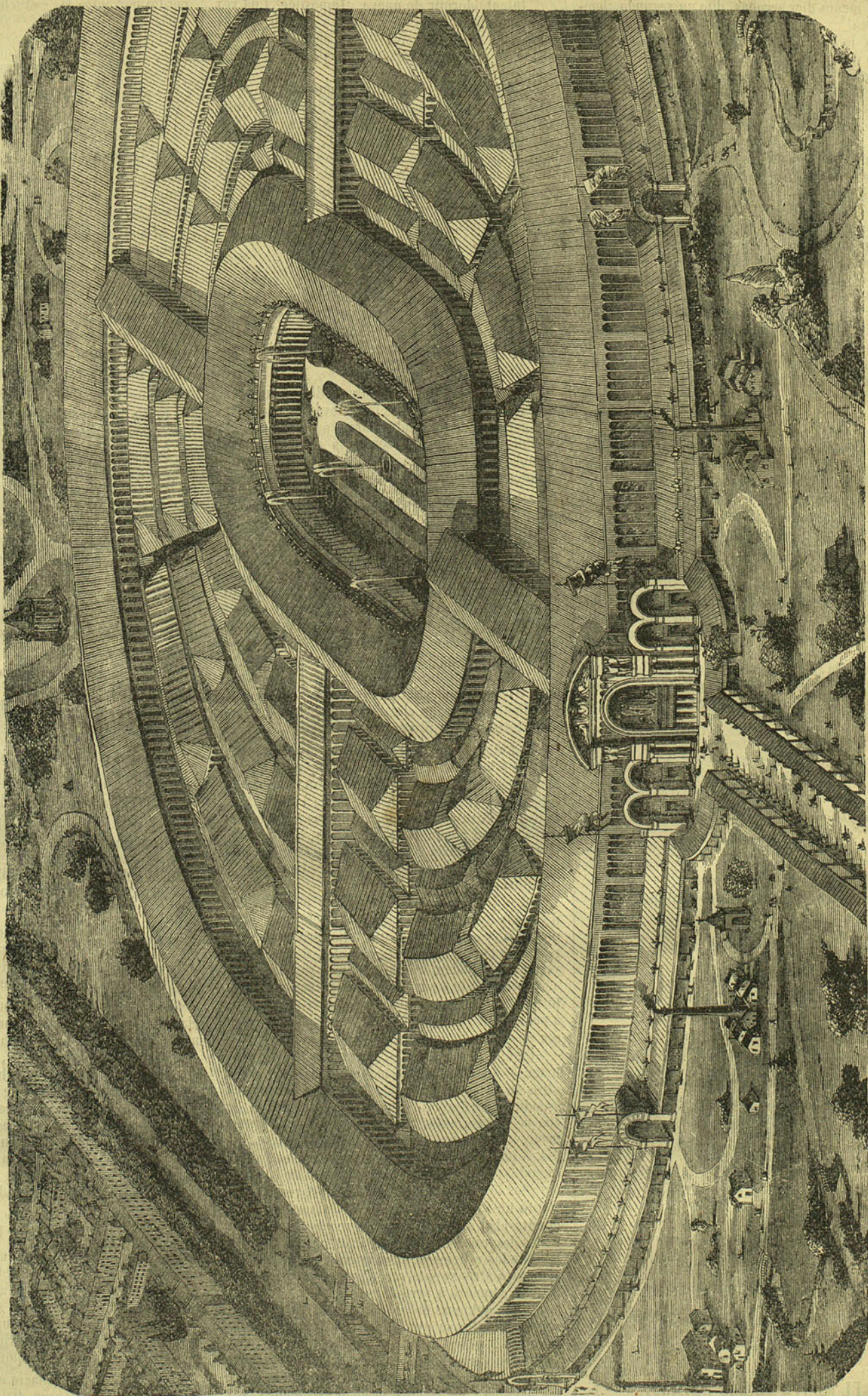
Al frente de la puerta de entrada se prolonga un inmen- so vestibulo, de 15 metros de anchura y de elevacion, por donde se va al jardin central. A mano iz- quierda se encuen- tra la seccion fran- cesa, y á mano de- recha la esposicion inglesa. Este jardin está destinado á la historia de la tierra.

Volviendo al ves- tibulo, vemos que comienzan en él tres galerias principales: son los grandes caminos circulares que conducen á los salones de la seccion francesa y á los com- partimientos de la seccion estrangera. Por el primer camino se entra á los salones de vestuario; por el segundo á los del mueblage; por el tercero á los de las artes liberales. Las primeras materias ocuparán salas inmediatas á la gran nave del tra- bajo, que les dará acceso, además de los caminos concéntricos.

Mas allá, el gran vestibulo se modifica, for- mando una especie de salon, al que vienen á abri- se las galerias de Bellas Artes y de arqueologia. Los salones de Bellas Artes se asemejan mucho á los de las esposiciones anuales. Los artistas fran- ceses creen que el local que se les ha concedido es insuficiente. La arqueologia ocupará galerias análogas á las de las Bellas Artes; tendrá el ca- rácter particular de historia del trabajo.

El vestibulo termina en un pórtico que dá paso al jardin central. Un inmenso toldo y las marque- sinas de alrededor resguardarán de los rayos del sol á los visitantes que vayan á descansar á este jardin, adornado con mucho gusto.

Valencia. Imprenta de José Domenech, editor responsable, Avellanar, 27.



Palacio de la Exposicion universal de Paris en el campo de Marte.